

A pesar de que las negociaciones están en desarrollo, Chile al parecer usará nuevamente estrategias distributivas, aunque acotadas, para defender a los eventuales perdedores del TLC y obtener mayores beneficios para sus grupos pro-TLC. La táctica está basada en el incremento del comercio, aunque no sustancial, con los otros países centroamericanos que poseen un TLC con Chile, lo cual genera un efecto de desviación de comercio en perjuicio de Guatemala, con quien existe similitud de productos exportables.

Conclusión

A pesar de que los TLC representan para Chile una serie de oportunidades que benefician a su economía, los procesos de negociación han sido complejos. Donde el país ha podido exponer todo su potencial negociador ha sido frente a países con un poder relativamente similar. Ante estos, Chile ha logrado un mayor equilibrio entre el compromiso de un acuerdo con la contraparte y las promesas de defender los intereses de sus actores domésticos. Sin embargo, ante países con mayor poder, las asimetrías evidentes limitan el poder negociador chileno, lo cual se ve reflejado en el resultado para sectores sensibles de su economía. En cambio, frente a países pequeños ha usado tácticas distributivas tanto para obtener mayores beneficios para los grupos que eventualmente se favorecen del TLC, así como para proteger a los que pierden. En este último caso, las tácticas usadas, junto a la falta de una dependencia económica mayor, llevaron al estancamiento de las negociaciones. El usar tácticas de suma-cero en sí no determina un resultado de no-acuerdo como los casos aquí presentados, pero aumenta el riesgo de paralizar dichas negociaciones.

Sin duda, Chile continuará negociando TLCs con distintos países y deberá en el futuro renegociar los ya existentes para incluir nuevos temas que emergerán en los mercados globales. Sin embargo, el éxito en la defensa de sus intereses domésticos altamente sensibles, sean éstos pro o contra un TLC en particular, dependerá no sólo del proceso de negociación, sino también del poder estructural de la contraparte.

Leslie Wehner está afiliado al GIGA Instituto de Estudios Latinoamericanos, Hamburgo, Alemania. Es becario del DAAD y cursa su doctorado en la Universidad de Hamburgo (wehner@giga-hamburg.de).

Reinaldo Escobar

La polémica intelectual cubana de 2007

Por primera vez en casi medio siglo la intelectualidad cubana ha dejado documentada una polémica sobre la política cultural de la revolución. Alrededor de este tema es necesario contar una breve anécdota, explicar una larga historia y analizar un hecho político trascendental.

La breve anécdota

Todo comenzó con la salida al aire en la televisión cubana de una entrevista de cinco minutos a Luis Pavón Tamayo, un ex funcionario de la cultura que coincidió con la reaparición en esos días, también en la pequeña pantalla, de otros dos personajes: Jorge Serguera, ex presidente del Instituto de Radio y Televisión y Arman-

do Quesada, otro ex funcionario cultural. Casi inmediatamente, usando el correo electrónico, algunos intelectuales cubanos hicieron circular su disgusto por la reaparición de los referidos personajes, quienes en los años 70 habían sido los protagonistas visibles de una represiva política cultural. En pocas semanas y siempre por la vía redimensionada del correo electrónico masivo, cada vez con más direcciones incorporadas, numerosas personas de dentro y de fuera de Cuba, se sumaron a la discusión, no ya para protestar por la resurrección de los verdugos olvidados, sino para poner en tela de juicio la política cultural del gobierno: la pasada y la presente.

El clima aparente fue la realización de un debate de carácter académico titulado “El quinquenio gris, revisitando el término” al cual fueron invitados cientos de intelectuales y en el que el propio ministro de Cultura se referiría al asunto largamente debatido. Lamentablemente el evento fue realizado en un local cerrado, al que no se permitió la entrada del público, y la prensa se limitó a publicar un incomprensible mensaje de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC)

La larga historia

La política cultural de la revolución cubana comienza en las reseñas oficiales en 1961 con la campaña de alfabetización, en la que casi un millón de cubanos aprendieron a leer y a escribir, pero el primer documento donde se describió esa política fue un texto publicado bajo el título *Palabras a los intelectuales*, también en 1961, donde se recoge la intervención de Fidel Castro en una reunión con escritores y artistas convocados en el teatro de la Biblioteca Nacional para debatir la situación creada con la censura de un filme

documental llamado *PM* del cineasta Sabá Cabrera Infante. Fue allí donde se pronunciaron aquellas paradigmáticas palabras: “Con la revolución todo, fuera de la revolución nada”.

Lo que pasó después fue la aplicación de ese lema, según el criterio de los funcionarios que tenían que llevar a la práctica la política cultural, pero bajo la estricta vigilancia de la más alta instancia del poder.

El primer incidente memorable ocurrió tras la premiación de dos libros en el Concurso Literario de la UNEAC correspondiente al año 1968, en el que Heberto Padilla ganó el premio de poesía, con su libro *Fuera el juego* y Antón Arrufat, el de teatro con su obra *Los siete contra Tebas*. Ambos libros fueron catalogados públicamente de contrarrevolucionarios. En abril de 1971 el poeta Heberto Padilla fue detenido y esto ocasionó una carta de protesta firmada por escritores latinoamericanos y europeos, algunos de los cuales se habían definido hasta ese momento como amigos de la revolución.

De alguna manera, la respuesta a aquella carta fue la realización del Congreso de Educación y Cultura de donde salió el trazado de una política cultural más precisa y la creación del Consejo Nacional de Cultura, institución oficial que instrumentaría dicha política. La actividad del CNC durante los años 1971 al 1976, al frente del cual se encontraba el señor Luis Pavón Tamayo, se recuerda por un extremo dogmatismo ideológico, acompañado de una implacable homofobia.

En ese proceso hubo víctimas y victimarios. Las víctimas eran todos aquellos que habían sido “parametrados”, es decir, pasados por el fino filtro de ciertos parámetros entre los que estaba, en primer lugar, la estricta filiación ideológica y una preferencia sexual “adecuada”. Los

victimarios eran los que pusieron la cara, los funcionarios que aparecieron en los teatros, editoriales y otros centros culturales a decir claramente que allí no serían aceptados ni quienes tuvieran debilidades ideológicas ni quienes fueran homosexuales, aclarando siempre que la revolución, en su infinita generosidad, nunca los dejaría desamparados y serían ubicados en otros centros de trabajo donde no pudieran ejercer su pernicioso influencia, al tiempo que tendrían la oportunidad de reivindicarse.

De las consecuencias de estas acciones pudieron escapar apenas instituciones culturales paralelas como el Instituto de la Industria y el Arte Cinematográficos (ICAIC), la Casa de las Américas y el Ballet Nacional de Cuba.

A finales de 1976 se anunció la creación del Ministerio de Cultura, que significó una relativa apertura a la creación artística, que vino a notarse ya en los 80. Con el paso de los años los victimarios fueron apaciblemente separados de sus cargos y las víctimas lentamente reivindicadas, sin aclararse jamás si el perdón había sido otorgado porque finalmente habían reconocido su culpa y superado sus debilidades o porque se reconocía que la condena había sido injusta. De hecho, se firmó un pacto de silencio entre víctimas y victimarios, mediante el cual cada parte fue aceptando su nuevo destino.

En 1987, el crítico literario Ambrosio Fornet publicó un artículo en la revista *Casa de las Américas* en el que, en una discreta nota al pie, puso por primera vez por escrito el término Quinquenio Gris para referirse a las tendencias burocráticas en el campo de la cultura que se pusieron de manifiesto entre 1971 y 1976. La etiqueta nunca salió del ámbito académico y su mención se convirtió en los últimos años en el santo y seña de los entendidos en temas culturales. Poco a poco el califi-

cativo apareció en algunos textos especializados de revistas literarias y, un día, hasta el ministro de Cultura lo usó en un evento, sabiendo bien que ninguno de los presentes –muchos todos en temas culturales–, se atrevería a levantar la mano para preguntarle de qué estaba hablando.

Lo más significativo de esta larga historia (drásticamente resumida aquí) es que hasta este momento no se había producido una crítica ni una autocrítica oficial a aquellos desmanes, por lo que, desde el punto de vista de “la historia oficial”, no había pasado nada y los culpables inmediatos permanecían en un limbo de inocencia. Es por esto que la reaparición en la televisión cubana, entre diciembre de 2006 y enero de 2007, de los personajes mencionados al principio, suscitó la preocupación y hasta la ira de numerosos intelectuales.

El hecho político trascendental

La ruptura del silencio, la simple mención de aquello que tiene sobre sí un sello que dice “de esto no se habla”, es capaz de provocar incalculables consecuencias políticas, consecuencias que podrían ejemplificarse con los efectos que trae la pronunciación de la conocida frase “el rey está desnudo”.

En una sociedad donde todos los días “el rey aparece en cueros” a la vista del público, o lo que es igual, donde está permitida la investigación y la crítica independiente del proceder político de los gobernantes quizás resulte difícil comprender la trascendencia que puede llegar a tener en una sociedad cerrada la revelación de errores del pasado que no han sido debidamente presentado como tales. La revelación de los detalles del Holocausto, el informe de Kruschov sobre los crímenes de Stalin, el destape español tras la

muerte de Franco, lo que develó la *glasnost* en la era de Gorbachov, son quizás los prototipos de este fenómeno.

Baste decir que después de haber concluido el llamado quinquenio gris (1971-1976) se han realizado cuatro congresos del Partido Comunista y en ninguno se ha mencionado el tema. Este detalle se vuelve significativo si tenemos en consideración que, en el Primer Congreso del PCC realizado a finales de 1975, en un texto titulado *Tesis y resolución sobre la cultura artística y literaria*, se dice textualmente: “En abril de 1971, el análisis del desarrollo educacional de nuestro pueblo encontró un escenario propicio para debatir y acordar puntos básicos de nuestro proceso cultural en el Primer Congreso de Educación y Cultura. Maestros, escritores y artistas ratificaron su decisión de luchar permanentemente por la extensión y profundización de una cultura de masas y sustentaron plenamente los importantes acuerdos y oportunas recomendaciones del Congreso”.

Y más adelante, esta perla: “El criterio revolucionario, socialista, el firme espíritu de partido y la estrecha vinculación con el pueblo, son condiciones necesarias para la representación de nuestra vida en el arte”.

La responsabilidad de todo lo ocurrido en la etapa del quinquenio gris dejaba de ser así de un reducido número de funcionarios incapaces o malintencionados para ser, entonces, política oficial refrendada por la máxima instancia.

En Cuba, todo el mundo sabe quién es “la máxima instancia”: Fidel Castro, el comandante en jefe, el presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros, el primer secretario del Comité Central del Partido, el máximo líder de la revolución. Imaginar que él estaba ajeno a lo que se hacía en el campo de la cultura, que estaba desinformado, resulta casi irrespetuoso a su figura. En su nombre, aunque no fuera

necesario mencionarlo, por simple razón metonímica, se alcanzaron todos los logros y se cometieron todos los errores.

Cuando más de 120 personas, la mayoría de ellas vinculadas a la creación artística o literaria se atrevieron a participar en este ya famoso debate intelectual, volaron en pedazos los viejos pactos de silencio. Todo comenzó a partir de que una parte interpretó que la otra había incumplido con su compromiso al sacar en la televisión, en calidad de personas inocentes, a los victimarios apartados del poder. Ésta fue la razón —la discusión de si estaba bien o mal que esos personajes reaparecieran— por la cual comenzó la polémica que luego se profundizó a temas que realmente estaban pendientes de discutir.

¿Qué nuevas condiciones se dieron para permitir la aparición y desarrollo de esta polémica intelectual?

Una de las condiciones indispensables para la ocurrencia de esta polémica intelectual fue la existencia de la intranet del Ministerio de Cultura “cubarte.cult.cu”, que brinda un servicio de correo electrónico a todos los escritores y artistas que forman parte de la UNEAC, la Asociación Hermanos Sainz y otras diversas instituciones culturales. Sin este soporte material la polémica no hubiera podido ocurrir con la velocidad y la extensión que tuvo. El correo electrónico permitió ir aumentando el número de direcciones a las que remitir cada mensaje, lo que produjo un verdadero efecto de “bola de nieve”. Esto demuestra la importancia de las nuevas tecnologías de la comunicación para facilitar cualquier nuevo debate y se explica así todos los controles y restricciones que sufre Internet en Cuba.

Otra “condición” que creó una leve atmósfera de permisibilidad fue la ausen-

cia de Fidel Castro en la escena pública, a causa de una enfermedad, con todas las opciones de cambios, reformas o vueltas atrás que esa ausencia plantea.

En una apreciación más subjetiva, podría mencionarse también la caducidad y la no renovación de ciertos mecanismos de acallamiento al sector intelectual, que se explican en la relativa independencia que han alcanzado algunos sectores para hacer pública su obra en el extranjero y la disminución de restricciones para viajar fuera de la isla. Ambas cosas, publicar y viajar, fueron durante años privilegios que sólo se otorgaban a los más fieles y que solamente se podían realizar a través de las instituciones oficiales, al extremo que publicar un libro fuera de Cuba, sin permiso, podía ocasionar el encarcelamiento de quien lo hiciera.

¿Cuáles fueron los principales cuestionamientos que se plantearon en los mensajes que conformaron la polémica intelectual?

- La aparición de Luis Pavón, Jorge Serguera y Armando Quesada en la televisión cubana ¿obedecía a una casualidad? o ¿era un síntoma del regreso a los “viejos tiempos”? ¿un cambio en la política cultural?

- ¿Fueron Pavón y los otros simples instrumentos que ejecutaban órdenes venidas de sus superiores o la política cultural que sostenían era un producto totalmente creado por ellos?

- La censura, el secretismo, el autoritarismo y el abuso de poder ¿se pueden reducir a los años del llamado quinquenio gris o se trata de males sistémicos que han marcado la producción artística hasta la actualidad?

- ¿Este debate debe quedarse entre intelectuales o debe incorporarse a toda la

sociedad y abrirse a todos los problemas que claman un espacio para ser debatidos?

- ¿Por qué justo en este singular momento aparecían estos “siniestros” personajes en los medios cubanos?

- ¿Cuáles son los canales de debate y crítica que poseen los intelectuales cubanos y el pueblo en general?

- ¿Cuánto tiempo más se seguirá postergando el momento de hablar públicamente de todos estos “males” sin parar la polémica con el conocido argumento de “éste no es el momento”?

Conclusión

En el momento en que se escribe este texto (16 de abril de 2007) han pasado dos meses desde que se envió el último correo electrónico masivo a la polémica; luego, ha habido otras participaciones dispersas que no circularon a gran escala. La revista digital *Consenso* <<http://www.desdecuba.com>> ha albergado un portafolio donde se recoge la participación de 120 personas, algunas de ellas con varios mensajes. A pesar de que ni la prensa escrita ni la radio ni la televisión han hecho mención al asunto, con la excepción de la declaración de la UNEAC que sólo podían comprender quienes estaban al tanto del debate, está claro que las autoridades que gobiernan el país conocen todos los cuestionamientos, las sugerencias, las acusaciones y hasta los insultos aparecidos en esta polémica. Nadie ha sido detenido, nadie ha sido despedido de su trabajo, pero tampoco han destituido al director del Instituto Cubano de Radio y Televisión, como se esperaba, por haber permitido la transmisión de los programas que funcionaron como espoleta en esta explosión.

El señor Abel Pietro, ministro de Cultura, ha sido la única persona oficial que

“a puertas cerradas” se ha pronunciado para decir, básicamente, dos cosas: que es cierto que en el pasado se cometieron errores, y que, por estar Cuba permanentemente amenazada por el imperialismo norteamericano, no es el momento de discutirlo todo, pues se corre el riesgo de quebrar las instituciones. Llama poderosamente la atención que personas tenidas por intransigentes, de esos que no toleran el menor ataque, hayan permanecido en silencio. Sorprende que sigan mirando a otra parte ante el guante repetidas veces arrojado al rostro. Especialmente interesante es el silencio del señor Raúl Castro a quien se identifica como padrino de los verdugos inculpados y a quien se acusa veladamente de haber sido quien ordenó la salida al aire de las entrevistas en la tele.

En otros tiempos, digamos hace 10 años (por no decir antes del 31 de julio de 2006, cuando Fidel Castro se apartó provisionalmente del poder), cualquiera de estos mensajes hubiera provocado cuando menos un mitin de repudio en el que “el pueblo indignado” le ajustara cuentas al provocador.

Los observadores están divididos entre quienes creen que ésta fue una polémica fabricada desde el inicio como una sofisticada operación de la inteligencia (la inteligencia militar), y los que sostienen que fue el resultado de una serie de accidentes no programados. Quienes optan por la teoría de la conspiración se subdividen a su vez en el grupo que sostiene que todo se hizo para perjudicar la gestión de gobierno provisional de Raúl Castro y quienes piensan que fue el propio Raúl Castro quien está detrás de todo, con varias opciones de propósitos ocultos, que van desde medir el estado de opinión en el sector intelectual, para luego hacer una apertura del tipo *glasnost*, o lanzar un balón de ensayo para calcular cómo sería un pase de cuenta a los protagonistas de la

revolución si hubiera un cambio drástico no controlable.

Habrá que esperar. Son dos las oportunidades en las que se podría discutir el asunto en la dimensión que lo merece, una es el próximo congreso del Partido Comunista, que de oficio, siempre reserva un espacio al tema cultural, y, la otra, el próximo congreso de la UNEAC. Sin embargo, ambos próximos congresos han sido pospuestos: el Congreso del Partido no se convoca desde hace 10 años (aunque debe realizarse cada cinco), mientras que el de la UNEAC ya tiene más de 3 años de retraso (el sexto, que fue el último, se hizo en noviembre de 1998) y, casualmente, sólo ahora acaba de hacerse el anuncio de que se celebrará en el presente año.

Justamente, la ausencia de un debate dentro de las instituciones, por no hablar ya de la ausencia absoluta de un debate público abierto que implique a la mayor parte de la población, es una de las observaciones más frecuentes en esta polémica. Un país donde sólo se discute sobre las telenovelas y sobre béisbol da la impresión de disfrutar de un consenso generalizado en la política, la economía, la cultura y otros temas referidos a raza, género y vida espiritual. Sin embargo, en cada una de estas cuerdas subyace una polémica.

Un detalle singular de esta polémica intelectual ha sido la inexplicable ausencia de las más renombrada figuras de la oposición interna. Ni uno solo de los “dirigentes históricos” de la oposición aprovechó el fermento propiciado para intervenir en el asunto y, de paso, colocar algún punto de sus respectivos programas; no obstante, en la ya mencionada declaración de la UNEAC, se decía que algunos “trabajando obviamente al servicio del enemigo, han querido manipularla y sacar provecho de la situación creada. Quedarán definitivamente frustrados, una vez más, aquellos que pretenden ver en el debate

entre revolucionarios posiciones ambiguas, fisuras u oportunidades para su agenda anexionista”.

A lo largo de estos acontecimientos se evidenció que uno de los mayores problemas que en un futuro inmediato tendrán que afrontar las autoridades cubanas será que no pueden dilatar más el tiempo para comenzar cada una de las discusiones pendientes, como tampoco pueden seguir consintiendo el derecho a participar en ellas sólo a los revolucionarios; pero, por otra parte, tampoco será posible comenzar una sola de estas discusiones sin que las otras estallen por simpatía, ni se le podrá conceder la palabra sólo a los partidarios del gobierno con la ilusión de que los más críticos desaprovechen la oportunidad.

Reinaldo Escobar es periodista cubano. Reside en La Habana (yoarey@yahoo.com).

Magdalena López

Vivir y escribir en Cuba. Desencanto y literatura. Entrevista a Leonardo Padura

Leonardo Padura (1955) es uno de los novelistas más representativos de la literatura cubana de los noventa. Periodista, crítico y guionista, su tetralogía *Las cuatro estaciones* compuesta por las novelas *Pasado perfecto* (1991), *Vientos de Cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997) y *Paisaje de otoño* (1998), lo sitúa como uno de los renovadores en lengua castellana del género policial. En los últimos años ha publicado *La novela de mi vida* (2002), *Adiós Hemingway* (2003) y *La neblina del ayer* (2005). Sus novelas han sido traduci-

das a diferentes idiomas, obteniendo prestigiosos premios literarios como el Café Gijón en 1995, el Premio Hammet a la mejor novela policíaca de 1997-1998, el Premio de las Islas 2000 en Francia y el Premio Internacional de Novela Casa de Teatro 2001.

Magdalena López (M.L.): Muchos de tus personajes como Mario Conde y el Flaco Carlos son representantes de esa generación desde la que escribes. ¿Qué tiene de particular tu generación, en qué se diferencia de las anteriores y de las posteriores?

Leonardo Padura (L.P.): Yo creé estos personajes para la novela *Pasado perfecto*, la primera de una tetralogía que después se extiende a dos novelas más, *Adiós Hemingway* y *La neblina del ayer*. Escribí *Pasado perfecto* en el año 90-91 y la historia se remite al año 89, que era el momento de mi pasado reciente. Estos personajes andaban alrededor de los treinta años; es decir, mi misma edad en aquel momento. En general, ellos pertenecían, al igual que yo y que un grupo de escritores y de personas, a una generación que nació en los primeros años de la revolución, creciendo, educándose, haciendo toda su vida estudiantil y después parte de su vida adulta dentro de ese universo cerrado y casi perfecto que era el socialismo. El futuro pertenecía por completo a ese ideal. Se trataba de una marcha ascendente hacia metas históricas indetenibles. Cuando esta generación llegó a los treinta años se produjo la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética. Comenzó entonces en Cuba una crisis económica e ideológica muy violenta. Se llegó a los extremos de la supervivencia cotidiana. Teníamos que hacer las cosas inimaginables para comer, para alumbrarnos, para dormir, para transportarnos. A la vez, se produjo un fenómeno de redescubrimiento ideológico de la idea del socialismo muy interesante. Hubo